

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“El sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, rebosante de caridad, brotan todos los bienes de la Iglesia, y en modo particular tiene su origen la vocación de aquellos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, dejan todo para dedicarse al servicio del pueblo cristiano, bajo el ejemplo del Buen Pastor.”

—Benedicto XVI



Arturo no se desanimó

En Lourdes, a la hora de la procesión con el Santísimo, los enfermos, alineados por donde ha de pasar la Custodia, piden la salud a Jesucristo y el Prelado da la bendición con el Santísimo a cada enfermo. Y suceden con frecuencia curaciones repentinas de enfermedades declaradas incurables.

Arturo Frérotte de Nancy, de 32 años de edad, estaba enfermo de una tisis aguda. En el hospital, los médicos confesaron que tenía completamente destruidos ambos pulmones. En agosto tuvo lugar una peregrinación de enfermos a Lourdes y Arturo pidió ser inscrito en ella. La Junta directiva, habiendo revisado el certificado médico, se rehusaba a admitirlo por temor de que muriese durante el camino. Arturo, sin embargo, supo vencer con su insistencia aquella indecisión: “Que yo pueda ver a la Virgen de Lourdes,” declaraba, “y mi curación es un hecho”.

Llegó el 30 de agosto y estaba ya en Lourdes. Fue trasladado por dos robustos jóvenes a la Plaza del Rosario, donde se celebraba la Misa. Todos oraban; al llegar la Comunión, Arturo quiso acercarse a recibir a Jesús; pero se abrigaba el temor de que no podría retener la sagrada Hostia a causa de la tos. No obstante, apenas hubo recibido a Jesús Sacramentado, cesaron al punto así la tos como los estremecimientos por la calentura.

Fue trasladado al hospital del santuario, donde los médicos apreciaron una

leve mejoría, pero de cualquier modo el pronóstico seguía siendo sombrío. Ciertamente, habían cesado la fiebre y la tos, pero quedaban huecas las enormes cavidades de sus pulmones.

Arturo no se desanimó. El 16 de agosto, se hallaba nuevamente sobre su lecho, alineado con los otros enfermos en la enorme Plaza del Rosario.



Ese día, treinta mil personas hacen corte o acompañan en procesión a Jesús Sacramentado. Ya comienza la conmovedora bendición de los enfermos. Entretanto, nuestro Arturo aguarda a que Jesús pase junto a él. Y justo cuando lo tiene allí mismo, en un arranque de fervor, exclama: “¡Señor, haz que pueda caminar!”

Mientras el Obispo eleva sobre él la Custodia para bendecirlo, Arturo siente en su corazón la palabra de Jesús que le dice: “¡Levántate y anda!” Impulsado por una fuerza indescriptible, salta de su camilla y, curado ya, se postra a los pies de Jesús. Luego lo acompaña en la procesión.

Dos horas más tarde, en la oficina médica de comprobaciones, luego de un examen minucioso, se le reconoció perfectamente sano. ¡Jesús Sacramentado acababa de curarle!

Los milagros de Lourdes nos demuestran que Nuestro Señor Jesucristo está real y verdaderamente presente en la Eucaristía.



EUCARISTÍA, FUENTE DE MILAGROS

Dios ha rodeado la Eucaristía de una corona de milagros que, como corona de soles, descubran hasta a los ciegos la Presencia Real de Jesucristo.

Los “milagros eucarísticos”, a través de veinte siglos de historia de la Iglesia, constituyen un hecho innegable y de inmenso valor apologético.

Tales prodigios han sido atestiguados a veces por centenares y aun millones de personas, confirmados incluso por incrédulos y enemigos que con frecuencia se han convertido ante ellos a la verdadera fe.

Y, sobre todo, la Iglesia ha ordenado siempre la correspondiente investigación de los mismos, aceptando sólo los que resistían un examen riguroso y científico, rechazando por otra parte los que aparecían como imposturas o alucinaciones populares.

Es cierto que Jesucristo se ha aparecido visiblemente en la Sagrada Hostia en muchas ocasiones.

Un día, a San Luis, rey de Francia, le fueron a decir que en manos de un capellán que estaba celebrando la Misa, había aparecido el hermosísimo Niño Jesús. Pero el Santo respondió: “Vayan a verlo los que no crean, que yo lo veo todos los días con los ojos de la fe.”

San Pedro de Alcántara celebraba la Misa con tal devoción, que era frecuente que la Hostia consagrada se convirtiera en un Niño Jesús resplandeciente.

A Santa Margarita María de Alacoque se le apareció el Señor muchas veces en la Sagrada Hostia, incluso desde su más tierna edad, manifestándole las riquezas y los anhelos de su Divino Corazón.

Los prodigios y milagros eucarísticos son incontables, su constancia es permanente, su certeza absoluta. Dios, por medio de ellos, busca despertar en nosotros la fe y una devoción más sincera.

La Santísima Eucaristía:

Es misterio.

Es sacramento.

Es sacrificio.

Como misterio, se cree.

Como sacramento, se recibe.

Como sacrificio, se ofrece.

Se propone al entendimiento como misterio.

Se da al alma como alimento.

Se ofrece a Dios como homenaje.

Como misterio, anonada.

Como sacramento, alimenta.

Como sacrificio, redime.

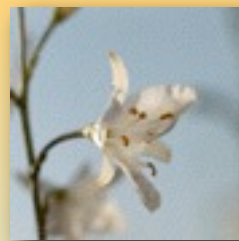
Como misterio humilla.

Como sacramento, esfuerza.

Como sacrificio, rescata.

Como misterio, es admirable.

Como sacramento, es deleitable.



Santa Teresita del Niño Jesús hizo su última Comunión justo antes de morir. Y la ofreció por una sublime intención: obtener el regreso de un sacerdote que había extraviado el camino y renunció a su vocación. El sacerdote en cuestión murió poco después, arrepentido e invocando a Jesús.

San Nicolás de Flüe, famoso santo suizo, padre de familia, siempre decía a quienes estaban listos para señalar las faltas de los sacerdotes: “¿Y tú, cuántas veces has orado por la santificación de los sacerdotes? Dime: ¿qué has hecho para obtener buenas vocaciones para la Iglesia?”

Los sacerdotes son portadores de “Vida”, los mediadores de la salvación entre Jesús y las almas. Donde faltan los sacerdotes, la condición espiritual y moral de la gente es aterradora; donde no hay respuesta a la vocación sacerdotal o misionera, estarán ausentes los “multiplicadores” de Jesús, como solía decir San Pedro Julián Eymard, y la fe se debilitará y quizá nunca llegue a madurar.

Como sacrificio, es inefable.

Como misterio, es un portento.

Como sacramento, es compañía.

Como sacrificio, une a Dios.

Como misterio, es impenetrable.

Como sacramento, es delicia.

Como sacrificio, es un tesoro.

Como misterio... debo meditarlo.

Como sacramento... debo gustarlo.

Como sacrificio... debo apreciarlo.

Es misterio de fe. Debo creerlo.

Es sacramento de amor. Debo amarlo.

Es sacrificio de mi Dios. Debo confiar en Él.

Como misterio, se esconde... Es oscuridad.... Es el sagrario.

Como sacramento, alimenta... Es convite... Es comunión.

Como sacrificio, se inmola... Es víctima... Es Santa Misa.

¡Oh Misterio Adorable! El sagrario será mi refugio.

¡Oh Sacramento Dulcísimo! Comulgar será mi mayor deseo.

¡Oh Sacrificio Estupendo! La Misa será mi devoción primera!

—Fray Antonio Corredor, ofm, “Prodigios Eucarísticos”